

## TEODOSIO DE GOÑI

6º - 7º

En el valle de Goñi, en el corazón de Navarra, en los años en que los reinos cristianos luchaban por arrebatar a los moros las tierras de la península, vivía un caballero llamado Teodosio. Era hombre de gran valor y noble linaje, y había sido recompensado por sus servicios a la corona con tierras y honores. Había contraído matrimonio con una dama de la nobleza, Constanza de Butrón, de quien estaba profundamente enamorado, y juntos vivían en el castillo de Goñi, en la ladera de la sierra de Aralar.

Pero no todo era felicidad en el hogar de Teodosio. La madre de Constanza, su suegra, le profesaba un odio secreto y profundo. No se sabe bien por qué; quizás porque consideraba que Teodosio no era lo suficientemente noble para su hija, quizás porque envidiaba la felicidad de la pareja, quizás porque su corazón estaba envenenado por una maldad que no necesitaba razón. El caso es que la suegra esperaba el momento oportuno para vengarse de su yerno.

Ese momento llegó cuando Teodosio tuvo que emprender un viaje. El rey lo había convocado a la corte para tratar asuntos de guerra, y el caballero, aunque a regañadientes, se preparó para partir.

—Constanza —le dijo a su esposa, abrazándola—, tengo que irme. Pero volveré pronto. Mientras tanto, cuida de ti y de nuestros hijos.

—Te esperaré, mi señor —respondió Constanza, con lágrimas en los ojos—. Que Dios te guarde en el camino.

Antes de partir, Teodosio se despidió de su suegra. La anciana, con una sonrisa falsa, se acercó a él y le dijo:

—Yerno, ya que partes, quiero pedirte una cosa. Cuando regreses, como prueba de tu amor por Constanza, dale un beso en la frente al llegar. Así sabrá que la has echado de menos.

Teodosio, confiado y sin malicia, aceptó:

—Así lo haré, suegra. Con mucho gusto. Y partió.

El viaje de Teodosio fue largo y duro, pero finalmente cumplió con su misión y emprendió el regreso a Goñi. Llegó al castillo al anochecer, cuando la luna comenzaba a asomarse entre las nubes. Cansado y deseoso de ver a su esposa, entró sigilosamente en la estancia donde creía que ella dormía.

En la penumbra, distinguió la figura de una mujer acostada en el lecho. Sin encender la luz, se acercó, se inclinó sobre ella y, cumpliendo la promesa hecha a su suegra, le dio un beso en la frente.

En ese momento, un relámpago iluminó la habitación, y Teodosio, horrorizado, reconoció el rostro de la mujer que yacía en la cama.

No era Constanza. Era su propia madre.

La suegra, en su maldad, había convencido a la madre de Teodosio para que ocupara el lugar de Constanza esa noche, con el pretexto de que quería darle una sorpresa a su hijo. Y Teodosio, engañado por la oscuridad y el cansancio, había cometido el peor de los pecados: el incesto, sin saberlo.

Teodosio sintió que el suelo se abría bajo sus pies. La sangre se le heló en las venas. Dio un grito que despertó a todo el castillo. Su madre, al ver su rostro desencajado, comprendió el error y comenzó a llorar. Pero ya era tarde. El pecado estaba cometido.

*—¡Maldita sea! —gritó Teodosio—. ¡Maldita sea mi suegra!  
¡Maldito sea el día en que confié en ella!*

Y sin esperar a que nadie lo detuviera, Teodosio saltó sobre su caballo y se internó en la espesura del bosque, huyendo de su pecado, huyendo de su vergüenza, huyendo de sí mismo.

Cabalgó durante horas, sin rumbo, sin saber adónde ir. Su mente era un torbellino de culpa y desesperación.

¿Cómo podía vivir después de lo que había hecho?

¿Cómo podía mirar a su esposa, a sus hijos, a su propia madre?

Sentía que su alma estaba condenada, que no había perdón para él.

En su huida, el caballo, agotado, se detuvo al pie de una montaña. Teodosio desmontó y, sin fuerzas para seguir adelante, se dejó caer al suelo.

Fue entonces cuando, al levantar la mirada, vio una cueva abierta en la roca. Una luz tenue, como de luna llena, emanaba de su interior. Y de la cueva, salió un **dragón** —un *Herensuge*, como lo llamaban en su tierra— de escamas negras y ojos de fuego.

El dragón avanzó hacia él, lanzando un rugido que hizo temblar la montaña. Teodosio, paralizado por el miedo, no pudo huir. Sintió que su hora había llegado. Pero en lugar de luchar, cayó de rodillas y, alzando los brazos al cielo, exclamó:

*—¡Señor! He pecado gravemente. He cometido un pecado que no tiene nombre. Pero si Tú me perdonas, juro que pasaré el resto de mis días haciendo penitencia. Juro que construiré una iglesia en este mismo lugar y que la dedicaré a San Miguel, el arcángel que venció al demonio.*

En ese instante, una luz cegadora, más brillante que el sol, irrumpió desde el cielo y envolvió la cueva. El dragón, al ver aquella luz, soltó un último rugido y desapareció, como si la tierra se lo hubiera tragado. Y en su lugar, apareció el arcángel **San Miguel**, con su espada de fuego y su armadura de luz, envuelto en un resplandor que no era de este mundo.

*—Teodosio —dijo el arcángel con voz de trueno y de brisa al mismo tiempo—. Tu arrepentimiento ha sido escuchado en el cielo. Dios te perdona. Pero tu penitencia será*

*la que tú mismo has ofrecido: construirás un santuario en esta montaña en honor a San Miguel, y dedicarás tu vida a la oración y al servicio de los pobres. Y para que nunca olvides tu pecado y la misericordia de Dios, las cadenas que atan tu caballo serán convertidas en hierro y quedarán colgadas en el santuario como testimonio de tu salvación.*

Teodosio, con lágrimas de alegría, besó el suelo y prometió cumplir su promesa.

Y así lo hizo. Teodosio regresó a Goñi, reunió a su familia y les contó lo ocurrido. Su esposa Constanza, que lo amaba por encima de todo, lo perdonó. Su madre, que también había sido víctima del engaño de la suegra, lo abrazó. Y la suegra, al ver que su plan había fracasado, huyó del castillo y nunca más se supo de ella.

Teodosio vendió todas sus tierras y distribuyó su fortuna entre los pobres. Con el dinero que reunió, comenzó la construcción del santuario en la cima de la sierra de Aralar, en el mismo lugar donde se había encontrado con el dragón y el arcángel. Trabajó con sus propias manos, cargando piedras y mezclando argamasa, sin descansar hasta que la obra estuvo terminada.

**El Santuario de San Miguel de Aralar**, que aún hoy se yergue en la cima de la sierra, fue consagrado a Dios y al arcángel. En su interior, se conservan las cadenas de hierro que ataban el caballo de Teodosio, colgadas como testimonio del milagro y del arrepentimiento del caballero.

Teodosio pasó el resto de sus días en el santuario, viviendo como un ermitaño, dedicado a la oración y a la penitencia. Y cuando murió, su alma fue elevada al cielo, donde San Miguel lo recibió con los brazos abiertos.